

El dragón nimio

Aquella tremenda águila sobrevoló la falda del volcán, con un pesado batir de sus alas en toda su envergadura. Su vuelo, de gran estilo, habría sido digno de aquellas águilas ancestrales, con las que el Dragón Dorado había acabado ya. Pero Lyda, en aquel momento, no podía sentir pena por ellas, ni por ninguna otra cosa terrenal que no fuese Onírica. No podía creer que su amiga ya no existiera. La vida y la muerte era algo tan relativo... Mientras volaba, con el fresco viento nocturno contra su rostro aguileño, reflexionó sobre lo débil que era la vida. No era más que un estado de equilibrio, que en cualquier momento se descompensaba, y dejaba de ser vida... Un día todos seríamos sólo carne, y después de eso, sólo tierra.

Los nubarrones no mostraron la luna menguante, pues Lyda no alcanzó la altura suficiente, por miedo a que apareciera el dragón, al que había visto de lejos en un puñado de ocasiones... En aquellos casos, huir siempre le había parecido la mejor alternativa. En un rato llegó a su hogar, y aterrizando en su jardín, el cuerpo de aquella ave magnífica se tornó en el de la chica pelirroja y bonita que era. Tomó el pesado *Lunariu*, y lo llevó al interior de su hogar. Su madre era muchas cosas, pero incluso pudiendo ser aquello el delirio de una vieja de cordura abandonada, prefirió guardar el libro en su lugar secreto. Con el pie arrastró la alfombra que había en el centro del aposento, y la Flor de Lis en plata gastada se arrugó a los pies de la cama. Debajo, quedó una trampilla que daba al subsuelo.

La cámara subterránea había sido excavada mucho tiempo antes de que Lyda habitara el lugar. Por ella, por sus posibilidades, había elegido este lugar para vivir. Cuando encontró el lugar, no era más que una cabaña arruinada, con un jardín lleno de matorrales y árboles retorcidos. Un caserón diminuto que ya formaba parte del bosque, y en el que el rastro de la vida se había perdido hacía largo tiempo. Pero Lyda, con sumo esmero, reconstruyó el lugar, limpió el jardín, apuntaló la casita, la acondicionó por dentro y por fuera. Y desde luego, guardó en la cámara subterránea cuanto más valoraba en el mundo. Una vez bajó la escalinata, se encontró en el centro de la estancia rectangular. A un lado, una librería improvisada con unos escasos libros que le había robado a su madre, además de algunos ungüentos preparados por ella misma. Bajo una tela granate, una bola de cristal que no servía para nada, y justo encima, un puñado de barajas del tarot. Lyda no creía en esas tonterías del destino que su madre tanto predicaba. Nada estaba escrito, y si lo estaba, ya se iría encontrando las palabras por el camino. Además, tenía una mesa baja, con almohadones en el suelo para sentarse, una escoba supuestamente mágica, que no necesitaba, un baúl con disfraces que en otra época bien le sirvieron, y

que ya no empleaba, y la boca de un profundo pozo en el suelo, cubierto por una reja de metal.

Colocó el *Lunariu* en la estantería, y del peso, la balda estuvo a punto de quebrarse, por lo que decidió colocarlo justo en la de debajo, que estaba vacía. Aquel libro, ciertamente era impresionante. No puedo evitar abrirlo otra vez, ahí mismo sobre la balda a punto de romper. Las páginas al azar mostraron una escritura diminuta cubriendo por completo el lienzo. Iban acompañados de símbolos lunares, que parecían seguir el orden lógico de sus fases, como un calendario infinito. Era realmente escalofriante. Si su madre tenía razón, aquel libro guardaba el calendario de las lunaciones de miles de años... No podía ser. Fue a leer uno de los párrafos al azar, cuando se topó con una luna llena. Decía así:



**Triste y descarnada observará,
asomada al techo del mundo,
el pacto que acercará la Impotencia de los avernos.**

Lyda no poseía la habilidad de su madre de lograr el conocimiento escrito con el contacto, pero había aprendido de ésta un hechizo más que útil, fascinante. Podía transformar las palabras de otra lengua a la suya propia. Acariciando las letras que conformaban un significado incomprensible, al paso de sus dedos, se volvían a su lengua, y así podía leer cualquier cosa. De esta manera, entendió el texto, que le maravilló, intrigándola... ¿Qué querría decir? Pasó páginas, tan bruscamente que se asustó, temiendo romper el pergamino, hasta que llegó a la última lunación. La luna crecía en su cuarto creciente cuando terminaba el libro, con la siguiente inscripción:



**Llorarán las generaciones aun por venir.
Comienza la era de la Impotencia,
que de inmediato abandonará la tierra que por fin pisa.**

Así terminaba el libro, sin más. Se estremeció, sin comprender nada. Y prefirió cerrarlo o aquella noche no dormiría, se conocía bien. Lo dejó en la

estantería, y subió a los aposentos superiores. Encendió la vela con las yemas de sus dedos, y se acostó.

Tardaría mucho en dormirse esa noche. Aquellos pensamientos, ese libro maldito, las palabras de su madre y la imagen de Onírca en su palacio derruido se convirtieron en una pesadilla que duraría lo que quedaba de noche...

Al día siguiente, Lyda se levantó molesta. O por la mala noche, las pesadillas o por el recuerdo de su amiga, que no le habían dejado descansar. Por un momento, a pocas horas antes del amanecer, se despertó en su habitación iluminada por la vela, a punto de apagarse, y creyó escuchar una voz... Le pareció su nombre, pero se esforzó en ignorarla, se cubrió con la manta y se tranquilizó. Al cabo del tiempo volvió a dormirse. Lo pasó realmente mal. Al levantarse, sin pararse a desayunar, salió a su jardín y elevó el vuelo en la forma de un pajarillo rojizo. Necesitaba olvidar aquello, y pensó en dar un paseo por los cielos de Ülathar. Su cuerpo menguó tanto que quedó del tamaño de un ave menuda, cubierta de un rojo precioso que contrastaba con el pico y las patas. Tomó altura, dejando debajo aquellos nubarrones, y voló hacia el este, ensimismada con el sol aun anaranjado en progresivo ascenso. Dejó el volcán a su siniestra, y remontó las altas montañas que se formaban ya en su media falda. Lo llamaban el Macizo de las Estatuas, y Lyda adoraba volar hacia allí. Era un gran grupo de montañas que crecían abruptas desde las llanuras que daban al mar, al este del continente de Ülathar, hasta remontar la falda del Gran Volcán. Lo llamaban así porque no era difícil dar con alguna de las cientos de estatuas que por allí había desperdigadas. Lyda siempre se había preguntado por el origen de aquellas estatuas, imaginaba a una civilización primitiva esculpiéndolas con esmero, soldados perennes que vigilarían la guarida del dragón, pues todas parecían dirigirse a la cima del volcán. Pero ello no era probable, pues las ropas, armas y otras pertenencias de aquellos guerreros de piedra eran, aunque diversas, no muy antiguas, al menos unas menos que otras... Su madre, que siempre aludía a la misma explicación para cualquier síntoma que el mundo daba de existir, creía que las estatuas eran obra de algún demonio aburrido... Pero Lyda prefería pensar en el arte de aquella civilización olvidada, que aunque improbable, era una idea menos amenazadora. Otra posibilidad era, como sabía que había ocurrido en otros lugares, que tras una dura erupción del Gran Volcán, los habitantes de aquellas tierras hubieran quedado cubiertos de una capa de ceniza tal, que sus cuerpos se hubieran tornado en piedra hasta el fin del tiempo... Pero aquella conclusión no parecía más plausible que el resto.

Aquella mañana Lyda voló persiguiendo al sol cuanto éste se dejó perseguir, pues pronto subió a una altura a la que la bruja no se veía capaz de volar. Cuando se cansó, descendió hasta un claro, junto a un arrollo que sonaba

como una nana inmortal. En la orilla, adoptó su forma habitual, y se mojó la cara y sus cabellos pelirrojos como el fuego. Entonces, sintió las primeras gotas de una leve llovizna sobre el arrollo, después sobre la hierba y finalmente, sobre sí misma. Se sentía sola en aquel lugar, y sabía que lo estaba, aunque aquellas estatuas parecían figuras vivas, inmóviles en su coraza de piedra, demasiada pesada como para correr tras ella y asustarla. Adoraba aquel lugar. Caminó arrollo arriba, probando suerte por si encontraba una. Anduvo un rato, sin salir de la vera del riachuelo, pero no halló ninguna, y entonces adoptó la forma de un gato con el pelamen el color del fuego, y corrió salvaje entre helechos y árboles retorcidos.

Al fin, encontró una estatua. Parecía un noble guerrero, y al rodearlo y mirarle el rostro, se dio cuenta de que se trataba de un elfo. Vestía ropas majestuosas, que de tela habrían sido livianas. Empuñaba un arco y una espada, y a su espalda, un carcaj vacío. En sus cabellos trenzados, había adornos que no podía reconocer. Eran obras tan detalladas que impresionaban. Muy hermosas. El gato rojo fue agrandando, y sus patas menudas se volvieron las piernas y brazos de Lyda. Sus bigotes se cayeron al suelo y desaparecieron entre la hierba, y su rostro felino se convirtió en su bonita cara. Se acarició la piel, quitándose algún pelo rojo, y se levantó maravillada con la estatua del elfo. Bajo la llovizna que caía, se puso justo delante, como si fuera a besarle, pero se detuvo, era tan guapo... Entonces fue a tocarle la cara helada, cuando recibió un golpe en el estomago que la derribó. Cayó al suelo rodando, y buscó lo que le había golpeado. No había nada, pero escuchó su voz.

- ¡No lo toques!- Era una voz estridente, como silbante. Lyda miró hacia ella y vio a una criatura muy extraña. Era como un dragón, pero de diminuto tamaño. No debía alcanzar el medio metro, y revoloteaba alrededor de la figura de piedra, mirándola y lanzando berridos afónicos. - ¡No lo toques!

- ¿Cómo? ¿Quién eres? ¿Qué eres?

El animal aterrizó sobre la espada del guerrero elfo, pero no plegó las alas, sino que las mantuvo alerta. Era de un color azul brillante, con un cuerno afilado en el hocico y minúsculos dientes punzantes. Un espinazo le recorría toda la espalda, desde el cuerno hasta la cola, y parecía fiero, a pesar de su tamaño. Lyda se arrastró hacia atrás, cuando la bestia habló.

- No toques a mi amo. Márchate por donde hayas aparecido, como gato o como niña, pero vete.- De sus fauces parecía exhalar algún gas en un tono verduoso, que trataba de escaparse de la lluvia.

- ¿Qué eres?

- ¿Qué soy? ¿No te han contado cuentos? Soy un dragón nimio. En estas tierras habita un dragón, ¿verdad? Nos conocerás, somos antiguos como el mundo, grandes guerreros, sabios, y nos comemos a niñas como tú...- Aquello sonó ridículo. No por comprarse con Mëryl, el Dorado, el Gran

Dragón que habitaba el Gran Volcán, sino por la tamaña amenaza y su escasa talla.

- No eres un dragón. Eres muy pequeño.

- ¡Soy un dragón nimio! ¿Acaso no escuchas? Y te he dicho que te vayas de este lugar.

- ¿Qué es un dragón nimio?- Preguntó la bruja.

- Hay muchas razas de dragones, ¿creías que éramos todos inmensos y fieros como el que desafía estas tierras desde la boca del volcán?- Respondió.- Pero no por ello permitiré que dañes a mi amo.- Y soltó otro graznido desde la espada élfica.

- ¿Tu amo? Pero si es una estatua...- Le increpó Lyda.

El dragón no dijo nada. Parecía hasta ofendido. Saltó de la espada de piedra al arco del guerrero, para ganar altura, y ahora sí plegó las alas.

- Ahora lo es. Pero algún día dejará de serlo, y hasta entonces estaré yo aquí para cuidarlo.

- ¿A la estatua?

- ¡No es una estatua! Es mi amo...- Terminó el dragón en un tono más bajo.

Lyda hipó, y se llevó la mano a la boca, que estaba empapada de gotas de lluvia. Seguía tirada en el suelo, y se arrodilló.- Pero... ¿Cómo no ves que es de piedra?- Se levantó y caminó hacia él, y el dragón, para evitarla, echó a volar batiendo sus alas azules sobre la estatua. Lyda rozó entonces el rostro del elfo, y sintió la piedra fría y mojada.

- ¡Te digo que no lo toques! Ahora es estatua, pero una vez no lo fue. Y aun puede sentirte. No eres digna de tocarlo.

- ¿Me estás diciendo que está vivo?

- Mi amo vivió en los tiempos del Gran Rey Líamo, Primero de la Dinastía Lao, sirviéndole a su lado ya en las Guerras de la Sangre. Y vivirá por muchas generaciones insignificantes de los tuyos, hasta el fin de los tiempos.- Lyda se quedó mirándolo perpleja. ¿Quién sería ese Gran Rey Líamo? ¿Hasta el fin de los tiempos?- El nombre de mi amo es Quinos, guerrero de la Alta Estirpe de Quivarén, Señores de los Dragones, y vino aquí a domar al dragón dorado que vive en el volcán, cima del mundo. Yo lo acompaño desde mi nacimiento. Los más grandes elfos de Quivarén siempre viven en conjunción con un dragón. Y mi amo no fue menos. Lo acompañaré hasta que la muerte alcance a uno de los dos. Mi nombre es Uhlig.- Y descendió de nuevo hasta la espada, quedando muy cerca de Lyda.

- ¿Y cómo llegó a convertirse en estatua?- Se preguntó la bruja en voz alta.

- Fue... Fue la bestia que habita en las almas mortales. El miedo sin razón, una bestia voraz que habita estos parajes... Fue terriblemente engañado,

y ahora aguarda un nuevo despertar. Su cuerpo se volvió de piedra tras escuchar su voz... Hace ya un tiempo.- Lyda no supo qué decir. Aquello podría explicar el misterio de las estatuas.- Desde que vigilo su cuerpo de piedra, he escuchado la voz arrastrada con el viento, y lucho por ignorarla. Estas montañas son peligrosas... No deberías estar aquí, vete.

- ¿Qué voz?- La chica estaba más que intrigada.

- Niña, ¿no has escuchado nunca esa voz en la oscuridad? Dicen que todos la oímos alguna vez, pero que unos pocos son elegidos por la voz, y que no dejan de oírla en la oscuridad..

Lyda se estremeció. Las palabras del dragón sonaron terroríficas, y la lluvia pareció arreciar. Dio un paso atrás, y buscó palabras para evadir la cuestión, pues aquello empezaba a dejar de gustarle.

- ¿Y cuándo dejará de ser una estatua tu amo?

- No lo sé... Pero el día que llegue ese momento, estaré aquí para acompañarle a domar a Mëryl, el Dorado.

Callaron un segundo solemne. La esperanza ciega era digna de reconocer.

- ¿Cuánto llevas por aquí?

- Mucho tiempo. He visto pasar ya algunos inviernos, y algunos veranos. Y he sabido de otros que, como mi amo, cayeron bajo el engaño de la voz... Allá arriba, tras ese saliente de roca, hay un montañés que no supo librarse de ella. Lo vi caer, como a mi amo, en este letargo infernal.

- ¿Otra estatua? Muéstramela.- Dijo Lyda exaltada.

Entonces el dragón nimio alzó el vuelo hacia una gran roca que sobresalía de los árboles, puntiaguda, señalando al cielo nuboso. Y Lyda, que no quería quedarse atrás, se concentró para convertirse en un pájaro y seguirle. Su cuerpo empapado empequeñeció y se curvó hasta adoptar la forma de un águila de plumas rojas, oscuras y empapadas. Voló tan rápido como pudo, siguiendo al dragón, que era muy veloz, y rodeó aquel peñasco. Allá abajo al otro lado, en su cara oriental, había otra estatua de piedra empapada.

Cuando ya volvió a ser ella, se maravilló con la imagen de aquel hombre. Era la figura de piedra de un guerrero atlético, vestido con un faldón, una capa cubriéndole la espalda y dejando el pecho al aire, y calzando unas botas. Tenía el pelo recogido con una cinta, y empuñaba dos espadas afiladas. Sobre la capa, a la espalda, además, llevaba un escudo. Y en su rostro, se apreciaba una expresión agresiva, que con la postura parecía mostrar el instante que un magnífico guerrero cargaba contra un enemigo imaginario. Lyda quedó prendada de aquella imagen al verla.

- ¿Me dices que él también está vivo?- Preguntó tras volver a convertirse en muchacha.

- Lo vi transformarse en piedra cuando se enfrentaba al dragón. Habría sido un duelo digno de ver, pero el poder de la voz fue mayor, más audaz y rápido, y el dragón se marchó sin poder cobrarse la víctima. El guerrero que lo había desafiado quedó así, como ahora lo ves.

Lyda se acercó a él, y vio las gotas que caían por su rostro de piedra gris, y con aquella expresión agresiva, le pareció que lloraba de impotencia... Si todo aquello era cierto, y aquel hombre había vivido alguna vez, tenía que encontrar la forma de convertirlo de nuevo en persona. Pero su magia no alcanzaría un poder semejante...

Miró al dragón azulado, y éste pensó si las gotas que le caían eran llanto o lluvia, en todo caso, acompañando a la estatua. Él también se apenó, pues comprendía aquella sensación. Lyda se arrodilló junto a la estatua, sin saber qué decir, y fue entonces cuando Uhlig, el dragón nimio, le contó la historia de Dristan McKeltar.

El dragón nimio
Lyda de Lis. Historia de una estatua de piedra
Memorias Olvidadas
Darka Treake
www.modt.net